

COLECCIÓN HISPANIOLA, 39
SIN MIEDO, SIN ESPERANZA

© Fotografía de portada, Antonio Heredia
© Edición, introducción y conversación, Fernando Palmero
© De los textos, Gabriel Albiac
© Epílogo, Rafael Dávila
© Confluencias, 2022
www.editorialconfluencias.com

Diseño y maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián
Corrección editorial: María del Mar Domínguez Álvarez

Impreso en España

ISBN: 978-84-125334-7-7
Depósito legal: AL 1530-2022

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

GABRIEL ALBIAC

SIN MIEDO,
SIN ESPERANZA

Edición e introducción de
Fernando Palmero

Epílogo de
Rafael Dávila


CONFLUENCIAS
EDITORIAL

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

El lugar del cadáver 11

LAS TERCERAS DE ABC 25

PREÁMBULO. La sandalia de Empédocles 27

Ruano: acción de gracias 31

La tercera lección 37

La cofradía atea 43

Jerusalén 49

Marlowe cuando amanece 55

De un fulgor asesino 61

Elogio y diatriba de España 67

La verdad de un retrato 73

Viajero inmóvil 79

La vida de los otros 85

¿Otro mundo es posible? 91

Memoria del Sargento Pepper 97

El honor de escribir 103

La Tour en El Prado	107
Oriente es rojo... Medio siglo	111
Filosofar sin Facultades	117
Apocalipsis ayer	123
Muerte de un maestro	127
Piedras, Templo	131
El coleccionista	135
Escrito en el agua	141
Lo sagrado, lo ausente	147
Glacial	153
Silenciosas banderas	157
Balthus en la hoguera	161
La gran estafa	165
Ministerio de Propaganda	169
Las Ramblas, a lo lejos	175
EXCURSO. El premio Mariano de Cavia	
Gracias	181
Noche de Cavia	185
<i>Fake-life</i>	189
Moisés ante Hermes	195
Cristales en la nube	199
Catedrales	205
Conversación en Tel-Aviv	209
De la pornografía al porno	215
Mundo <i>Patchwork</i>	221
Ella	227
Cernudiana	231
La muerte en el espejo	235
Meditación en el Museo del Prado	239
La cura y la palabra	243

Europa o el ocaso	249
La gracia sin medida	255
El que siempre miente	261
El humo y la gloria	267
Archivos y cenizas	271
Pensar el heroísmo	277
CIERRE. Un lugar en las Terceras	283
CONVERSACIÓN	
El fin de la escritura	289
EPÍLOGO,	
Mío no, tuyo	
por Rafael Dávila	397
BIBLIOGRAFÍA	
de Gabriel Albiac	405

INTRODUCCIÓN

El lugar del cadáver

«**T**al vez, al principio tuve miedo», confesaba Gabriel Albiac a Luis Valdesueiro en una entrevista publicada en la revista *Nuevo Índice* en 1982 e incluida, a manera de epílogo, en *Todos los héroes han muerto —y otras crónicas de una derrota—* (Ediciones Libertarias, 1986), el primero de sus libros elaborado con textos aparecidos en diferentes publicaciones periódicas. Ese año, Albiac acababa de entregar a su editor el primer borrador de un ensayo filosófico al que había dedicado ocho años de su vida. Y que marcaría para siempre su trayectoria intelectual. Porque *La sinagoga vacía* (Hiperión, 1987) era la constatación de que abandonar el mundo para consagrarse a comprenderlo había merecido la pena. Pasado el tiempo de la política (que en su caso fue ante todo una experiencia de militancia clandestina en sus años universitarios) aquel libro era fruto de la apuesta ética en la que Louis Althusser había embarcado, en

la resaca del Mayo parisino, a un reducido grupo de alumnos procedentes de la extrema izquierda, como la única forma de superar el callejón sin salida en el que había embarrancado el marxismo. Para el pensador francés (con quien Albiac colaboró en París entre 1970 y 1972), al asumir como propio el idealismo de corte hegeliano, el marxismo había incorporado la idea de finalidad, esto es, la idea de que existe un sentido en la historia para cuya culminación todo aquello que estuviera investido por el poder mágico de la jerga de la revolución estaría permitido. Así, fascismo y comunismo, ambos con una misma raíz socialista, que devinieron en campos de concentración, gulags, purgas y genocidios. El terror, en definitiva. Que no se trataba, por tanto, de sustituir una utopía por otra, ni elegir entre el modelo soviético o el maoísmo, como fue la tentación de muchos jóvenes izquierdistas europeos durante el 68. Tampoco, de reconfigurar el comunismo, para seguir viviendo en la esperanza de la revolución y la utopía, una opción que, de Toni Negri a Podemos, ha convertido el ámbito de la extrema izquierda europea en una sucursal de teologías salvíficas. Ridículas, pero electoralmente rentables.

La vuelta al siglo XVII, a la fisura abierta en el Barroco por Pascal, por una lado, pero también por Spinoza, que representa el origen de un materialismo filosófico de naturaleza no finalística, permitiría, explicaba Althusser, el desmontaje de las mitologías revolucionarias que venían operando como la traslación conceptual, sin solución de continuidad, del paraíso celestial a la utopía revolucionaria. Para ello, y en

eso consistía el envite ético, se requería el abandono del mundo, es decir, de la política. Y el encierro en la biblioteca. «...Y ahora», terminaba Albiac su *De la añoranza del poder o consolación de la filosofía* (Hiperión, 1979), «cuando esa cosa de la que dejo aquí de hablar –el poder– me dice, en mi silencio, su lejanía, esa íntima lejanía de las cosas perdidas para siempre, ahora, como Platón [...] en esta noche decidimos retornar sin esperanza a la caverna, y aceptar como dulce e ineluctable nuestro caro destino de fracasar en ella...». Y no es casual que, como hiciera Pascal en 1654 al redactar el *Memorial* que levantaba acta de su conversión religiosa (texto que llevó siempre consigo escondido entre los pliegues de su ropa, y en el cual declaraba su «Renuncia total y dulce»), quisiera Albiac dejar constancia de su decisión de vivir ya sólo para la filosofía. Entre los muertos. Como le confesó a Valdesueiro. Porque la filosofía no consiste en transformar el mundo, sino en comprenderlo.

«Tal vez, al principio tuve miedo, no sabría tampoco asegurártelo. Sé, sin embargo, con certeza, que muy pronto [...] se me cruzó la voz inapelable del viejo Platón, que dice que *la filosofía es cosa de muertos*, y me di cuenta, en seguida, de que me hallaba, al fin, en el lugar al que siempre aspiré: el lugar del filósofo, lo que, un tanto grandilocuentemente, he designado como *el lugar del cadáver*. Durante mucho tiempo gusté definirme como un *marxista cansado*, hoy me sé un *marxista muerto*. *De la añoranza del poder o consolación de la filosofía* fue, en el verano del 78, cuando acababa de redactarlo [...] más que mi *testamento*, mi *acta* misma de

defunción». Y resumía, de una manera muy spinoziana, en qué consiste para él la filosofía: «Romper *desesperadamente* la coherencia de la palabra a que el poder nos encadena. Introducir en ella –tal vez mejor, designar en ella– puntos de fuga, agujeros de sinsentido [...] [y] arrasar, o tratar de arrasar al menos, toda esperanza, y, con ella, claro está, todo temor». Sin miedo, pues, y sin esperanza. Los dos afectos a través de los cuales un hombre queda sometido a otro. Desaparecidos ésta y aquel, explica Spinoza en el *Tratado Político*, puede el hombre recobrar su autonomía. Y descubrir que todo poder es fingido, que el poder –en sus liturgias y en su representación escénica– es una imagen que pone sólo la mente del súbdito, una imagen construida a partir de la fantasía primera de que la existencia humana tiene un sentido. Político o religioso. Un sentido que se impone a través de la coerción. O de la promesa de paraísos perdidos.

Pero se dice más en la obra póstuma del pensador amstelodamo, escrita, según interpreta Albiac en *La sinagoga vacía* (revisada y ampliada en 2013) como testamento político contra los *bárbaros* que desollaron públicamente los cuerpos de los hermanos De Witt, bajo cuyo régimen protoliberal Ámsterdam se había convertido a mediados del XVII en un modelo de referencia en cuanto a libertad religiosa y comercial. Un texto que sería la versión sistematizada del supuesto panfleto escrito por Spinoza tras el triunfo del orangismo y que se titulaba precisamente así: *Ultimi Barbarorum*. Se dan las claves ahí, en el capítulo introductorio del *Tratado Político*, de qué sea colocarse en el papel del filósofo.

Antes que nada, supone la renuncia a la supersticiosa idea de que el *yo* es un elemento de sentido nuclear para la interpretación de la realidad. Que hacer filosofía es instalarse en ese espacio donde la subjetividad queda anulada y no operan ni la sentimentalización ni la valoración moral de los afectos humanos, que convierte a unos en vicios y señala a otros como virtudes. «Cuando me puse a estudiar la política», escribe Spinoza, «no me propuse exponer algo nuevo o inaudito, sino demostrar de forma segura e indubitable o deducir de la misma condición de la naturaleza humana sólo aquellas cosas que están perfectamente acordes con la práctica. Y a fin de investigar todo lo relativo a esta ciencia con la misma libertad de espíritu con que solemos tratar los temas matemáticos, me he esmerado en no ridiculizar, ni lamentar, ni detestar las acciones humanas, sino en entenderlas».

* * *

Pero la filosofía es ante todo su escritura. En palabras de Platón, citadas con frecuencia por Albiac, trazar «rayas en el agua», instalarse en lo fugaz, quedar atrapado ya en «la angustia pura de materializar lo efímero», tal y como lo ha expresado en varias ocasiones. Y ese ha sido desde entonces su verdadero *sacerdocio*, una suerte de entrega teológica bajo una premisa ineludible. Saber que escribir no salva de nada, más bien condena a quien lo practica a enfrentarse constantemente con sus fantasmas. Y que escribir, insiste, no es hacer política. Tan sólo analizarla, como una de las inevitables actividades de las sociedades humanas.

Pero manteniéndose alejado de ella, como exige el ideal epicúreo, porque es en su ámbito donde se da lo más abyecto de los humanos.

En *Por qué escribo* (publicado en la prensa británica en el verano de 1946), George Orwell confesaba que escribir era, para él, un sucedáneo de hacer política, porque nada puede escapar a su influencia. «No hay un solo libro que sea ajeno al sesgo político [...] Al repasar mi obra, veo que de manera invariable, cuando he carecido de un objetivo político, he escrito libros exánimes». Pero añadía más adelante algunos elementos que entroncan con la concepción de la escritura de Albiac. La primera y esencial, que «pensar es escribir en lo efímero». Y nada más efímero que un periódico. Y que es ahí, en el artículo o en la columna, donde se puede alcanzar lo que ha llamado en alguna ocasión «la artesanía final de la escritura», esto es, la sintaxis y el lenguaje preciso puestos al servicio de la razón, de la inteligencia. La búsqueda de la palabra justa y la genealogía de sus diferentes significados a lo largo de los siglos para evitar las interpretaciones intemporales. Y el esfuerzo de no ceder nunca ante los afectos, con la seguridad de que el *yo* no es sino un constructo de imágenes y deseos bajo cuya determinación se hace imposible el pensamiento y que su uso constante no es más que la deificación de esos mismos afectos. También Orwell llegó a la misma conclusión: «Escribir un libro es un combate horroroso y agotador, como si fuese un brote prolongado de una dolorosa enfermedad. Nadie emprendería jamás semejante empeño si no le impulsara una suerte de demonio al

cual no puede resistirse ni tratar de entender. Por todo cuanto uno sabe, ese demonio es sencillamente el mismo instinto que hace a un niño llorar para llamar la atención. Y sin embargo, también es cierto que no se puede escribir nada legible a menos que uno aspire a una anulación constante de la propia personalidad. La buena prosa es como el cristal de una ventana».

Y una última coincidencia. «No podría realizar el trabajo de escribir un libro», confiesa Orwell, «ni tampoco un artículo largo para una publicación periódica, si no fuera, además, una experiencia estética [...] [incluso en aquellos] que son propaganda pura y dura». Saben los lectores de Albiac que, por supuesto en sus novelas, pero también en los ensayos filosóficos y en los textos académicos, la aspiración estética está siempre presente. Que existe una misma exigencia de rigor tanto en la elección y la definición del concepto como en la forma en que las ideas son presentadas.

Y esa vocación de estilo se percibe con absoluta claridad en sus artículos para la prensa. A ellos ha dedicado Albiac una parte importante de su producción intelectual durante casi 40 años. Como sus admirados Jiménez Lozano y Azorín, también él ha escrito «artículos, muchos artículos, centenares de artículos, millares de artículos...». Y en ellos se da lo que dejó escrito Umbral en su *Retrato de un joven malvado*. A saber: «¿El estilo es el hombre? Más bien, el hombre es el estilo. Un hombre sin estilo es solo un peatón. ¿Y un escritor sin estilo? Suele ser un amanuense. ¿Qué es el estilo? El estilo es la eficacia. Puede ser bueno, malo, torpe, ligero, alegre, denso, cuidado, descuidado.

No importa. El estilo es bueno si es eficaz». Pero el estilo es también, añadía, «agresividad. Tener un estilo es como tener un arma [...] Un estilo muy acusado está negando todos los otros estilos y apropiándose el mundo para transformarlo en sí mismo. El estilo como afirmación de la individualidad. No se escribe para decir una cosa, sino para lucir un estilo [...] El idioma como monóculo, como impertinentes, como tamiz. Aprender a mirar el mundo a través del propio estilo. Una manera de escribir responde a una manera de ver». Y terminaba: «Primero caíamos en el engaño de querer hacernos un estilo previo para luego escribir con arreglo a él. Luego comprendimos que se hace estilo al escribir, que se afina el piano tocándolo, que sólo escribiendo mucho se impregna la caligrafía de la personalidad del que escribe». Y que es precisamente esa «máxima subjetividad, la que acaba dando una modesta objetividad».

No representan, en este sentido, los artículos de Albiac una aportación menor o secundaria al desarrollo de su obra filosófica y literaria. Es más, de no haberse desplegado en la prensa, es probable que su pensamiento se hubiera quedado reducido al ámbito de lo universitario. Y como resolvía Umbral, «si uno se pone los quevedos de la objetividad académica no hace sino enfatizar y enmascarar su subjetividad mediocre». En la mejor tradición de la llamada Edad de Plata de las letras españolas, Albiac, como Ortega y Gasset o María Zambrano; Ramón y Cajal o Gregorio Marañón; Unamuno o Maeztu; Pérez de Ayala o Azaña, ha ido diseminando en las páginas de los periódicos

cos una obra que no puede ser entendida al margen de su producción ensayística. En sus columnas, como le ocurre en las suyas a Fernando Savater o a Félix de Azúa (también entonces al ya fallecido Eugenio Triás), aparecen las mismas reflexiones que encontramos en *La sinagoga vacía* o en su descomunal edición de los *Pensamientos*; los mismos *adioses* que podemos leer luego sistematizados en su *Diccionario*; elipsis, reiteraciones y juegos estilísticos como los que utiliza en sus novelas negras; por fin, también, los muertos con los que lleva años dialogando: Spinoza, Pascal, Maquiavelo, Guicciardini, Marx, Montaigne, La Boétie, los *enragés* del 68... Si por algo tiene sentido recopilar sus mejores columnas, sus mejores artículos, sus mejores ensayos literarios es porque están concebidos, como decía Chaves Nogales que escribía él los suyos, *sub specie aeternitatis*, esto es, con vocación de intemporalidad. Con la intención de que, desaparecido el autor, que es un personaje público y reconocible, mantengan los textos su eficacia y validez a lo largo del tiempo. Y no es baladí que sea este el quinto de los libros que recogen su literatura para la prensa.

* * *

Desde muy pronto comenzó Albiac a colaborar en los medios. Primero, en pequeñas publicaciones vinculadas al ámbito de la izquierda militante como *El viejo topo*, *Ajo Blanco*, *Inprecor*, *Egin*, *Liberación*... Pero enseguida en *El País*, de forma ocasional, y en *Diario 16*, donde empezó a escribir con regularidad desde 1988, tras recibir el Premio Nacional de Ensayo por

La sinagoga vacía. De ese momento son dos títulos concebidos a partir de esas colaboraciones: el ya citado *Todos los héroes han muerto* (1986) y *Adversus Socialistas* (1989), ambos editados por Ediciones Libertarias. Dos textos que pueden ser entendidos como un intento de despliegue de lo que había quedado apuntado, en forma de ensayo, en *De la añoranza del poder o consolación de la filosofía*. Y que tendrá su desarrollo último en *Diccionario de adioses* (2005), revisado y ampliado quince años después, con el subtítulo de *Para borrar el siglo XX*. «Digo adiós aquí. A lo que fui. Me digo a Dios –al solo Dios de Spinoza, por supuesto–», anotaba en el prólogo. Y concluía. «Y contemplo alejarse de mí esa sombra que yo he sido. En otro tiempo. Me duelo de mi mal, que ya no siento como mío. Se fue el siglo. Nos fuimos. Aunque parecíamos estar. No somos. Esas que pasean entre nuestras cosas son las sombras que, efímeramente sólo, nos suplantán. Mas, ante los espejos, nada vemos. A eso se llama un *no-muerto*».

Despedido Pedro J. Ramírez de la dirección de *Diario 16*, se unió Albiac, sin dudarlo ni un momento, a la fundación de *El Mundo*, que llegó a los quioscos en octubre de 1989. Además del proyecto periodístico, estaba Albiac comprometido con lo que ha definido en alguna ocasión como su «última batalla política». La denuncia, en sus escritos, pero también por vía judicial a través de su participación en la Acción Popular, de los crímenes de Estado cometidos por los primeros gobiernos socialistas de Felipe González y Alfonso Guerra. Aunque estos quedaron impunes, el caso *GAL* acabaría llevando a la cárcel al ex ministro

del Interior, José Barrionuevo, y al secretario de Estado para la Seguridad, Rafael Vera. Al fin, una victoria. Su implicación en el periódico, por tanto, no se limitó a las dos columnas semanales publicadas en la segunda página con el nombre de *Zoom*. Hasta su salida en julio de 2004, Albiac formó parte del Consejo Editorial, participó en la redacción de centenares de editoriales y ejerció de enviado especial en varias ocasiones. En el otoño de 1989, para dar cuenta de la caída del Muro de Berlín. En enero del año siguiente, en Bucarest, para certificar la disolución del régimen comunista de los Ceausescu. Y en 1993, en Santiago de Chile, en el 20 aniversario del golpe de Estado de Pinochet contra Allende. Casi dos años antes de su salida del periódico, la editorial Páginas de Espuma publicó en marzo de 2002 *Otros mundos*, una selección de sus mejores columnas en *El Mundo*, editadas por Jesús Marchante, Alberto Mira y José Sánchez Tortosa.

Cinco años pasó luego en *La Razón* (diario de la editorial Planeta, dirigido entonces por José Antonio Vera, primero, y Alejandro Vara, después) publicando tres columnas semanales bajo el epígrafe de *Fundido en negro*, hasta que el 9 de febrero de 2009 aparece su primera columna en ABC, que no ha dejado de publicar desde entonces, dos veces por semana, con el título de *Cambio de guardia*. La llegada de Bieito Rubido a la dirección del diario del grupo Vocento en septiembre de 2010, en sustitución de Ángel Expósito, le dio la oportunidad de sentir de nuevo el pulso de una redacción, participando todos los martes en la reunión del cierre de la edición. Y volver a ser enviado como

corresponsal ocasional, en este caso a París. Dos veces viajó en 2015 a la capital francesa para recoger impresiones de sendos salvajes atentados yihadistas. El primero contra los periodistas y dibujantes de la revista satírica *Charlie Hebdo*, en enero. Meses después, en noviembre, la matanza indiscriminada en las terrazas del Boulevard Voltaire y la sala de espectáculos Bataclan. Aquellas dos series de crónicas fueron recogidas luego por esta editorial, Confluencias, con el título de *Alá en París* y constituyen una pequeña joya del periodismo contemporáneo. «No hice otra cosa que narrar lo que vi», escribió en las primeras páginas de aquel libro. «Con la fría distancia que el verdadero dolor exige. Sin gestos. La retórica mata el dolor».

Ahora, lo que este libro ofrece son todas las Terceras publicadas por Albiac desde su llegada a ABC, dirigido desde septiembre de 2020 por Julián Quirós. Es cierto que todos los periódicos tienen, además del espacio dedicado a los columnistas, otro para artículos de mayor desarrollo, pero sólo ABC ha logrado hacer de ese formato un estilo propio y único en la prensa española, razón por la cual la tercera página del diario se ha convertido en algo así como el templo de las letras españolas. No pocos autores han recogido su paso por ahí en recopilaciones que durante años editó la Editorial Prensa Española. Así, Agustín de Foxá, el Nobel Jacinto Benavente, Ramón Pérez de Ayala, Wenceslao Fernández Flórez, Edgar Neville, Ramón Gómez de la Serna o recientemente José Luis Garcí. También, por supuesto, Azorín, que resumió de esta forma el espíritu de estas páginas: «ABC trajo a lo que

Introducción

llamamos estadio de la Prensa dos novedades: una, la imagen, y otra, la literatura inactual. No se había dado, y esto es lo que hizo ABC, literatura, digamos, sin qué ni para qué». Y eso es, como demuestran las Terceras que tiene el lector aquí reunidas, lo que ha venido haciendo Albiac en ABC. Desde el lugar del cadáver.

Fernando Palmero

Doctor por la Universidad Complutense y periodista

Madrid, 3 de mayo de 2022